



HOMILÍA DEL OBISPO DE VITORIA JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE

Queridos hermanos sacerdotes,

Mi cercanía también con vosotros hermanos diáconos. Y con toda la Diócesis de Vitoria que con la Iglesia celebra la Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, jueves siguiente a Pentecostés. Un saludo para todas las personas que siguen la celebración desde las redes sociales, también sacerdotes mayores. Circunstancias muy especiales para renovar las promesas sacerdotales, felicitar a los compañeros que festejan sus bodas de oro y plata, Antonio Aranzadi, Cruz Briones, Juan Cruz Íñiguez de Onsoño, Jesús Marauri, Gerardo Salazar, Gregorio Esquivel, Victor Ruiz y Hector López, saludarnos todos y llevar a las comunidades los santos óleos.

Jauna, bidali zeure Espiritua eta ireki iezazkiezu gure bihotzak gizon-emakumeen sufrimenduari eta gurutze, heriotza, odol, garrasi, bihurtutako zotinari eta minari. Atera ezazu gure begietatik harrokeriaren gure estalkia eta ikus dezagula bizitza hau guztia dela, dena batean: dohaina, norbera ematea, oparia, entzutea, errukia, gorespina, zerbitzua, borroka eta otoitza. Zure Espiritua, Jauna, isuri dadila gure gainera eta Hark bideratu, igurtzi eta zureak egin gaitzala.

Con las medidas sanitarias oportunas, pero ¡qué necesidad de saludarnos, de celebrar juntos, comunicarnos, felicitarlos y seguir haciendo planes! Yo tenía verdaderas ganas de que llegara este momento y por fin ha llegado. Hemos predicado, con el Papa Francisco, que esta crisis sanitaria nos ha descubierto más frágiles, humildes e interdependientes. Que el ser ha primado sobre el hacer, y que desde esa identidad sacerdotal reestrenada, queremos seguir acompañando a nuestras comunidades.

Señor, “no dejes de realizar hoy en el corazón de tus fieles aquellas mismas maravillas que tú obraste en los comienzos de la predicación evangélica.” (Oración colecta Pentecostés) Te doy gracias Señor por las maravillas que haces a través del ministerio sacerdotal en nuestra Diócesis, por las maravillas que has realizado en 25 y 50 años en las vidas de nuestros hermanos sacerdotes.

Cuatro días después de Pentecostés, la Palabra de Dios en esta fiesta, sus oraciones y gestos ¿qué nos dicen sobre nuestro ministerio sacerdotal? ¿sobre la acción del Espíritu Santo en nuestro sacerdocio? Aquellas maravillas hoy se actualizan en 3 movimientos del Espíritu Santo. Tres movimientos simultáneos, unidos, juntos, a la vez, pero interdependientes e interrelacionados.

1.- Movimiento hacia afuera, extrínseco y expansivo.

El Espíritu Santo es misión, fuego, comunicación, anuncio, envío y universalidad. “*Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*” Mt 18,18. El Espíritu Santo nos excentra, nos saca de nosotros mismos. Espíritu Santo es efecto multiplicador, dinamismo extrínseco y fuerza irresistible.

“Regresemos al día de Pentecostés y descubramos la primera obra de la Iglesia: *el anuncio*. Y, aun así, notamos que los Apóstoles no preparaban ninguna estrategia; cuando estaban encerrados allí, en el cenáculo, no elaboraban una estrategia, no, no preparaban un plan pastoral. Podrían haber repartido a las personas en grupos, según sus distintos pueblos de origen, o dirigirse primero a los más cercanos y, luego, a los lejanos; también hubieran podido esperar un poco antes de comenzar el anuncio y, mientras tanto, profundizar en las enseñanzas de Jesús, para evitar riesgos, pero no. El Espíritu no quería que la memoria del Maestro se cultivara en grupos cerrados, en cenáculos donde se toma gusto a “hacer el nido”. Y esta es una fea enfermedad que puede entrar en la Iglesia: la Iglesia no como comunidad, ni familia, ni madre, sino como nido. El Espíritu abre, reaviva, impulsa más allá de lo que ya fue dicho y fue hecho, Él lleva más allá de los ámbitos de una fe tímida y desconfiada. En el mundo, todo se viene abajo sin una planificación sólida y una estrategia calculada. En la Iglesia, por el contrario, es el Espíritu quien garantiza la unidad a los que anuncian. Por eso, los apóstoles se lanzan, poco preparados, corriendo riesgos; pero salen. Un solo deseo los anima: *dar lo que han recibido*. Es hermoso el comienzo de la Primera Carta de San Juan: “Eso que hemos recibido y visto os lo anunciamos” (cf. 1,3).” Papa Francisco, Pentecostés 2020.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha ungido y me ha enviado.” Cf. Lc 4, . Los sacerdotes somos enviados, remitimos a quien nos envía. Todo nos lo jugamos en la fidelidad incondicional al Señor que nos envía y a los hermanos a los que somos enviados.

El Señor le dice a Abraham: “Ahora he comprobado que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, a tu único hijo... Juro por mí mismo, oráculo del Señor: por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y multiplicaré a tus descendientes

como las estrellas del cielo y como la arena de la playa.” Somos sacramento, referencia y mediación. No somos el centro ni los dueños y señores. Somos pastores, no príncipes. Siempre, durante todo el año, la tentación de ser posesivos y autoritarios, reservándonos nuestras cotas de poder y de influencia, viviendo para nosotros mismos, apacentándonos a nosotros mismos. Y no. La fecundidad, la bendición del Señor, llega cuando somos enviados, servidores, cuando no nos reservamos nada, como Abraham. Los santos se convierten en padres de muchos pueblos como Abraham. Donde hay un sacerdote santo, hay un pueblo numeroso lleno de bendiciones. La gente se pega a su vida porque en ella encuentra algo del Señor. Es la fuerza irresistible del Espíritu, el ánimo contagioso de fundadoras y apóstoles, comunidades y grupos que surgen aquí y allá. El Espíritu seguirá suscitando vocaciones sacerdotales para nuestra Diócesis. Pasamos del individualismo pastoral y de la división a la colaboración apostólica y a la comunión.

Cuenta el Padre Cantalamessa que uno de los que participaron en el primer retiro carismático interconfesional en 1967, resumía así el acontecimiento: “Nosotros nos entregamos completamente a Jesús y Jesús nos entregó su Espíritu.” Él mismo, sacerdote, capuchino, catedrático, en su bautismo del Espíritu, fue como si Jesús le preguntara: “¿Quieres darme las riendas de tu vida?” No hay fecundidad sacerdotal sin una fidelidad dócil, sin obediencia al Espíritu en su Iglesia, sin conversión afectiva al Señor, sin experiencia de Dios.

Este movimiento expansivo del Espíritu provoca persecución y dificultades pero también suscita resistencia, coraje, fuerza irresistible y el don del martirio que confiesa la fe y sigue anunciando el evangelio con la propia vida. Si el fuego es grande el viento no hace más que expandirlo.

Inevitablemente llegan a nuestra biografía sacerdotal momentos en que somos invitados por el Señor a una fe incondicional, a una confianza total en forma de disponibilidad y obediencia eclesiales. Se podrá tratar de una enfermedad, de un conflicto, de una persecución injusta o de una obediencia difícil, pero a todos nos llega el momento. Y cada uno estamos capacitados para percibir ahí su invitación a una amistad más íntima, madura e incondicional. Su Espíritu en nosotros, sacerdotes, es esa amistad. Y desde esa amistad podemos acompañar a todas las personas en todas las circunstancias que cabe imaginar. Un cansancio excesivo y desproporcionado, puede denotar una vida al margen del Espíritu, sin el disfrute de la amistad cómplice del Señor. Gracias Señor porque en 25 y 50 años tú has acrisolado tu amistad incondicional en nuestros hermanos sacerdotes que hoy homenajeamos.

2.- Movimiento hacia adentro, que traspasa el corazón y consuela el alma.

El Espíritu Santo es interioridad, recogimiento, transformación, conversión, actualización y divinización. Se manifiesta en unción, intimidad, paz, riego, ternura, alegría, felicidad y entusiasmo. Es el dulce huésped del alma, la brisa suave. El Espíritu Santo es el maestro interior que nos comunica el sabor de Dios y nos familiariza con los valores del Reino, la sensibilidad de Jesús.

“Llegamos a entender cuál es el secreto de la unidad, el secreto del Espíritu. El secreto de la unidad en la Iglesia, el secreto del Espíritu es *el don*. Porque Él es don, vive donándose a sí mismo y de esta manera nos mantiene unidos, haciéndonos partícipes del mismo don. Es importante creer que Dios es don, que no actúa tomando, sino dando. ¿Por qué es importante? Porque nuestra forma de ser creyentes depende de cómo entendemos a Dios. Si tenemos en mente a un Dios que arrebató, que se impone, también nosotros quisiéramos arrebatar e imponernos: ocupando espacios, reclamando relevancia, buscando poder. Pero si tenemos en el corazón a un Dios que es don, todo cambia. Si nos damos cuenta de que lo que somos es un don suyo, gratuito e inmerecido, entonces también a nosotros nos gustaría hacer de la misma vida un don. Y así, amando humildemente, sirviendo gratuitamente y con alegría, daremos al mundo la verdadera imagen de Dios. El Espíritu, *memoria viviente de la Iglesia*, nos recuerda que nacimos de un don y que crecemos dándonos; no preservándonos, sino entregándonos sin reservas.” Papa Francisco, Pentecostés 2020.

El Espíritu Santo actualiza y hace contemporánea y eficaz la acción de Jesús. Nos hace creativos y testigos valientes. Transforma el pan y el vino en su cuerpo y sangre y a nosotros en ofrenda permanente. Y esto a través de labios pecadores que pronuncian palabras de gracia: “Esto es mi Cuerpo o Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu.”

La renovación de nuestro sí sacerdotal es también fruto del Espíritu Santo. Hemos proclamado en el salmo: “Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has dado un cuerpo. Entonces yo digo: Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas.” Fiesta para renovar las promesas sacerdotales de la Misa Crismal. Imposible por nuestras fuerzas. Cuatro días después de Pentecostés, nuestros hermanos sacerdotes que celebran bodas de plata y oro, saben muy bien que su sí es obra y gracia del Espíritu Santo. Como el sí de María. Hoy todos volvemos a la imposición de las manos episcopales que nos hicieron presbíteros, diáconos u obispos. ¿Cómo no recordar la primera misa crismal del Papa emérito?: “Por eso, reflexionemos nuevamente en los signos mediante los cuales se nos donó el Sacramento. En el centro está el gesto antiquísimo de

la imposición de las manos, con el que Jesucristo tomó posesión de mí, diciéndome: "Tú me perteneces". Pero con ese gesto también me dijo: "Tú estás bajo la protección de mis manos. Tú estás bajo la protección de mi corazón. Tú quedas custodiado en el hueco de mis manos y precisamente así te encuentras dentro de la inmensidad de mi amor. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas"... Pero luego él, con gran bondad, nos tomó de la mano, nos atrajo hacia sí y nos dijo: "No temas. Yo estoy contigo. No te abandono. Y tú no me abandones a mí". Tal vez en más de una ocasión a cada uno de nosotros nos ha acontecido lo mismo que a Pedro cuando, caminando sobre las aguas al encuentro del Señor, repentinamente sintió que el agua no lo sostenía y que estaba a punto de hundirse. Y, como Pedro, gritamos: "Señor, ¡sálvame!" (Mt 14, 30). Al levantarse la tempestad, ¿cómo podíamos atravesar las aguas fragorosas y espumantes del siglo y del milenio pasados? Pero entonces miramos hacia él... y él nos aferró la mano y nos dio un nuevo "peso específico": la ligereza que deriva de la fe y que nos impulsa hacia arriba. Y luego, nos da la mano que sostiene y lleva. Él nos sostiene. Volvamos a fijar nuestra mirada en él y extendamos las manos hacia él.

Dejemos que su mano nos aferre; así no nos hundiremos, sino que nos pondremos al servicio de la vida que es más fuerte que la muerte, y al servicio del amor que es más fuerte que el odio."

Vivir bajo aquella imposición de manos, es vivir bajo su Espíritu. Las mismas manos que nos ungieron con el santo crisma. Sólo por eso hoy podemos decir: "Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad." Aquí está la raíz de nuestro ser y de nuestro actuar. Presbiterorum Ordinis 1,2 dice: "Los sacerdotes, en virtud de la unción del Espíritu Santo, están marcados por un carácter especial que los configura a Cristo Sacerdote, de modo que puedan actuar en nombre de Cristo cabeza." Recordarás hace 25, 50 años, unos más y otros menos, vosotros en esta misma catedral, el momento en que el obispo te ungió las palmas de las manos y te dijo: "El Señor Jesucristo que el Padre ha consagrado en Espíritu Santo y poder, te custodie para la santificación de su pueblo y para ofrecer el sacrificio." A mí, hace cuatro años, aquí también, al ser ungido en la cabeza me decía Monseñor Renzo Fratini: "Dios, que te ha hecho partícipe del sumo sacerdocio de Cristo, infunda en ti su mística unción y con la abundancia de su bendición dé fecundidad a tu ministerio." Los sacerdotes somos trigo de Cristo. Las pruebas de Dios y de los hombres nos hacen madurar y crecer. Aceptar el sol del cielo y el agua de la tierra, el crisol de las tribulaciones y la molienda de las penas de la vida cotidiana, es madurar en la amistad con el Señor.

Para ser buen vino la uva tiene que haber asimilado mucho sol, mucho viento, mucha agua y muchas noches. Valéis más que hace 25 años e infinitamente más que hace 50. Porque tu amistad con Jesús es una amistad

de muchos años. Esa es la fuente de tu ternura y de tu entrega. De ahí surge con fuerza tu petición de vocaciones sacerdotales para Vitoria.

3.- Movimiento circular, comunitario, envolvente y armónico.

El Espíritu Santo es reunión, asamblea, comunidad, comunión y sinodalidad. Es genial el comentario del Papa en el último Pentecostés. “Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu” (1 Co 12,4). Así escribe el apóstol Pablo a los corintios; y continúa diciendo: «Hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios» (vv. 5-6). *Diversidad y unidad*: San Pablo insiste en juntar dos palabras que parecen contraponerse. Quiere indicarnos que el Espíritu Santo es la *unidad* que reúne a la *diversidad*; y que la Iglesia nació así: nosotros, diversos, unidos por el Espíritu Santo...

Pero volviendo a nosotros, la Iglesia de hoy, podemos preguntarnos: “¿Qué es lo que nos une, en qué se fundamenta nuestra unidad?”. También entre nosotros existen diferencias, por ejemplo, de opinión, de elección, de sensibilidad. Pero la tentación está siempre en querer defender a capa y espada las propias ideas, considerándolas válidas para todos, y en llevarse bien sólo con aquellos que piensan igual que nosotros. Y esta es una fea tentación que divide. Pero esta es una fe construida a nuestra imagen y no es lo que el Espíritu quiere. En consecuencia, podríamos pensar que lo que nos une es lo mismo que creemos y la misma forma de comportarnos. Sin embargo, hay mucho más que eso: nuestro principio de unidad es el Espíritu Santo. Él nos recuerda que, ante todo, somos *hijos amados de Dios*; todos iguales, en esto, y todos diferentes. El Espíritu desciende sobre nosotros, a pesar de todas nuestras diferencias y miserias, para manifestarnos que tenemos un solo Señor, Jesús, y un solo Padre, y que por esta razón somos hermanos y hermanas. Empecemos de nuevo desde aquí, miremos a la Iglesia como la mira el Espíritu, no como la mira el mundo. El mundo nos ve de derechas y de izquierdas, de esta o de aquella ideología; el Espíritu nos ve del Padre y de Jesús. El mundo ve conservadores y progresistas; el Espíritu ve hijos de Dios. La mirada mundana ve estructuras que hay que hacer más eficientes; la mirada espiritual ve hermanos y hermanas mendigos de misericordia. El Espíritu nos ama y conoce el lugar que cada uno tiene en el conjunto: para Él no somos confeti llevado por el viento, sino teselas irremplazables de su mosaico.” Papa Francisco, Pentecostés 2020.

El Espíritu nos concede vivir y actuar en comunión y sintonía con Jesús y con los hermanos. El evangelio que acabamos de proclamar lo refrescamos los que estuvimos en Enero en la peregrinación sacerdotal a Tierra Santa. La religiosa que nos introdujo en las dos horas de oración que hicimos en el eremitorio de Getsemaní, nos dijo que estábamos allí para cumplir el deseo de Jesús: “Quedaos aquí y velad conmigo”. Para algunos fue la gracia de Tierra Santa: la sintonía, la comunión, San Ignacio dirá, el conocimiento

interno del Señor. La peregrina Egeria, en su Diario, escribió de este lugar: “En Getsemaní dejé mi agonía.” No se puede ser cristiano, religiosa o sacerdote sin esta sintonía que contempla el dolor extremo del Señor confortado por un ángel antes de enfrentarse a su pasión y muerte. Aquí Santa Teresa, aún antes de ser monja, comenzó a orar porque viéndole tan necesitado, le parecía no le había de rechazar cuando ella quería ayudarle. No se puede ser sacerdote sin esa identificación afectiva con Jesús. En eso tenemos que ser maestros de nuestra gente. Desde ahí les ofrecemos nuestro afecto, nuestro acompañamiento y los sacramentos de la Iglesia. El sueldo mensual de muchos sacerdotes o generosos donativos en favor de personas vulnerables en esta pandemia, es consecuencia de esta entrega al Señor.

Una noche preparaba el padre Cantalamessa una lección sobre Filipenses 3, 8-11: “Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él. Todo para conocerle a él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos.” Al llegar a este pronombre “Él”, le pareció que contenía infinitas más cosas que todos los libros que había leído o escrito sobre la persona de Jesús. Él es el Amigo, el Señor, el Hijo De Dios, el Hermano. El padre Cantalamessa, que sabía todo sobre la persona de Jesús, creyó que hasta ese momento había tenido un conocimiento impersonal de la persona de Jesús. Podemos ser sacerdotes y obispos y tener un conocimiento impersonal de la persona de Jesús. Y es ésta la clave de nuestro ministerio sacerdotal: la relación afectiva con Jesús. De ahí brota el anuncio de su evangelio, nuestro ministerio sacramental y la atención a las personas más vulnerables. Éste núcleo íntimo, yo creo que lo hemos reconquistado todos un poco más, en este confinamiento.

Como el cardenal Van Tuan, en la cautividad, hemos podido pasar de las cosas del Señor al Señor de las cosas. O como Cabasilas, de las voces sobre el Señor al Señor mismo. Dice este último: “Cuando el amor del Salvador no deja entrever en nosotros nada extraordinario y por encima de la naturaleza, es signo manifiesto de que hemos encontrado sólo voces que hablan de él... el tamaño de la herida es indicio de la flecha, el ardor revela al que nos ha herido.” Comenta Cantalamessa: “¡No a él! Si el anuncio que hacemos de Cristo no zarandea a nadie; si es repetitivo y carente de entusiasmo, es señal de que hasta ahora sólo hemos oído voces que hablan de él. No a él.” Él nos unifica, serena y recoge. “Estábame con él, entrábame con él, y yo toda engolfada en él”, decía Santa Teresa.

El Espíritu Santo reúne lo que está disperso también dentro de nosotros mismos. Como sacerdotes nos concede la gracia de la unidad interior en medio de un ministerio lleno de afanes y preocupaciones; de la unidad

eclesial en sintonía con la Iglesia universal, entre tantas sensibilidades que nos pueden disgregar. No se cansa de repetir el papa Francisco que el autor de la diversidad y del caos es también el autor de la armonía y de la comunión. La amistad con Jesús en su Iglesia, disuelve conflictos, sana heridas, evita roces y dulcifica la mirada. “Porque para Dios nada hay imposible.” Lc 1, 37.

Si actúa el Espíritu, los 3 movimientos se dan juntos y a la vez. Si hay movimiento expansivo de evangelización, pero no existe unción y consuelo en el corazón o apertura a la Iglesia universal, algo pasa. Si hay movimiento interior espiritual pero no existe salida hacia los pobres ni comunión eclesial, es dudosa la presencia del Espíritu. Si hay paz en la comunidad, pero no hay salida hacia las periferias, ni aceptación de la riqueza de carismas y estilos en la Iglesia, puede ser una paz de cementerio, una paz lograda reprimiendo carismas.

Formamos parte de una única fraternidad sacerdotal sacramental presidida por el obispo. Estamos capacitados para entendernos y querernos porque hemos recibido el mismo sacerdocio a imagen y semejanza de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote. Y nuestros hermanos nos esperan unidos, fraternos y portadores de la unción de Cristo. Podían llegar los santos óleos a nuestras comunidades por otros medios de transporte. Habitualmente los llevamos nosotros mismos después de la misa crismal. Todo un símbolo. Ungidos para ungir, como dice el papa Francisco en su libro regalo de hoy. Gracias Señor por la vida ungida de nuestros sacerdotes en estos 25 y 50 años. Santa María ruega por ellos y por todo el presbiterio de nuestra diócesis. Danos santas vocaciones sacerdotales.

*Denerako ahalmena ematen duen Espirituaren aldia da. Orain, Erreinua martxan jarri da, eta Jauna dugu gure indarra. Orain, fededunok esan dezakegu: **Bakea eta poza iragartzera bidali nau.** Hemen eta orain, zure lekuko izan nahi dugu, Jauna. Amén*

+ Juan Carlos Elizalde
Obispo de Vitoria

En Vitoria-Gasteiz, a 4 de junio de 2020, Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote